

catalina reyes cárdenas

**GRUPOS SOCIALES Y
CRIMINALIDAD -
MEDELLIN 1900 - 1930**

Chimeneas de fábricas, sirenas y pitos compiten con las campanas de las iglesias, anunciando el nuevo ritmo del tiempo. Tranvías raudos y automóviles cruzan las estrechas calles. La estación del ferrocarril se levanta como símbolo de progreso. Obreros y obreras, en su mayoría descalzos, caminan apresurados al llamado de la sirena fabril, hacia los locales industriales. Mujeres con sobrios vestidos sastre y con paso ligero buscan afanosamente su lugar de trabajo en las oficinas de la compañía de teléfonos, en los numerosos establecimientos industriales, tras el mostrador de los almacenes o en las solemnes y lujosas oficinas de los bancos, que como monumentos de la nueva sociedad, se han levantado con exquisito gusto arquitectónico. Hombres con aire serio y trascendente, vestidos solemnemente de paño oscuro, se dirigen con paso seguro a sus negocios y establecimientos fabriles. Respiran un aire de autoconfianza y suficiencia, se sienten los dueños del mundo.

Al lado de estas imágenes modernas se observan otros personajes. En efecto vemos a mujeres silenciosas que se dirigen hacia las iglesias, envueltas en

trajes oscuros, muchas veces todavía utilizando el clásico pañolón, prestas al llamado constante de campanas que anuncian los servicios religiosos. Recuas de mulas atraviesan las calles y se detienen ante los almacenes a descargar sus bultos de mercaderías extranjeras. Caballos briosos y enclenques compiten con los nuevos automóviles y tranvías por un espacio en las vías. Los campesinos recién llegados con sus ruanas, sin zapatos y aterrados, con los ojos a punto de saltar de las órbitas, contemplan el abigarrado espectáculo de la ciudad. Recorren asombrados el epicentro comercial del Parque Berrío, las lujosas mansiones de la Playa, los teatros y el prodigio de la Catedral.

Pero ellos, los nuevos habitantes, campesinos en su mayoría se asentarán junto con sus ilusiones, en algún barrio periférico la mayoría de las veces sin servicios públicos, ni medios de transporte; o en alguna casa antigua del viejo casco colonial convertida en inquilinato. Allí deberán sobrellevar el amargo sabor del progreso y la modernización. El mundo rural y el urbano, la tradición y la modernidad, se entrecruzan, se enfrentan en proce-

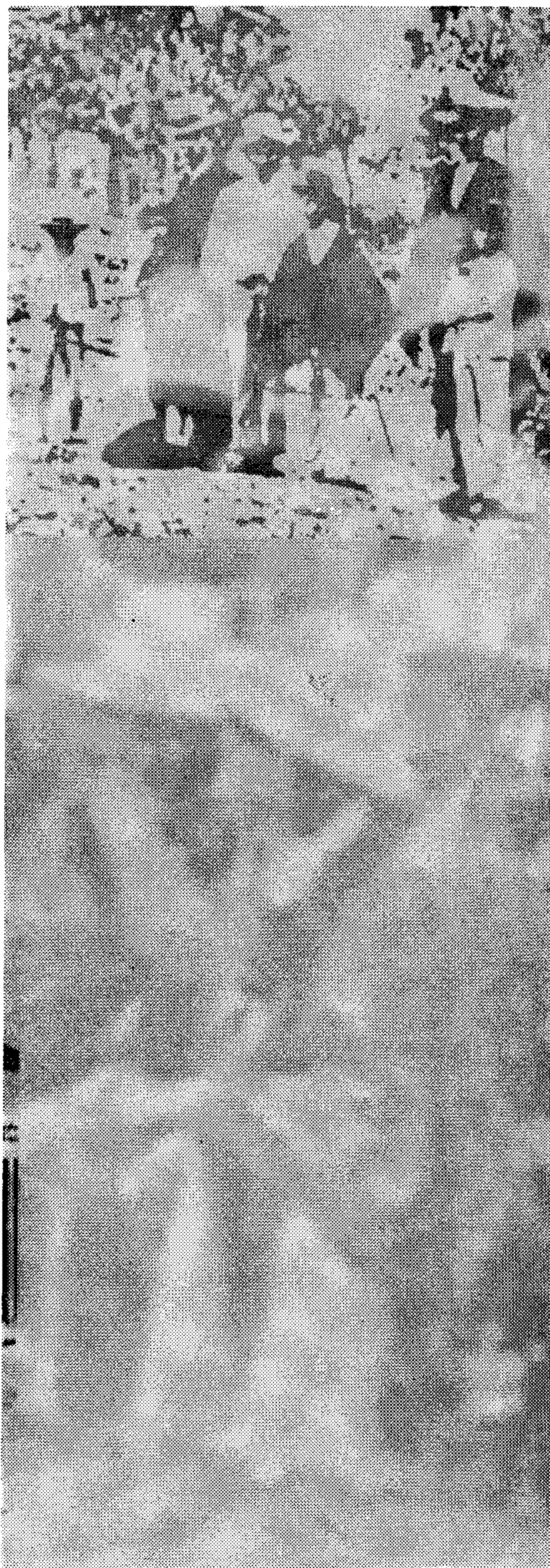
sos supremamente acelerados que le imprimen un carácter particular a la ciudad.

El paso de Medellín de pequeña ciudad mercantil a ciudad industrial se ha misticado para presentarlo como un proceso poco traumático, sin grandes diferencias sociales ni desigualdades. Se ha pretendido alimentar la visión de una ciudad tranquila, sin conflictividad social. Al estudiar más de cerca estos procesos de transformación encontramos grandes desajustes y traumatismos.

Medellín durante los treinta primeros años del siglo XX se consolidó como centro urbano, mercantil e industrial. A la par con el proceso de urbanización e industrialización nuevos grupos sociales hacen parte de ella. Surge una clase media importante, una clase obrera y sectores marginales que lucharán por un espacio dentro de la ciudad. Estos nuevos grupos sociales van construyendo un tejido de relaciones que marcan y caracterizan la sociedad local.

Una de las características del proceso de modernización, industrialización de las ciudades latinoamericanas a principios de siglo fue una laicización de la vida urbana. En Medellín, por el contrario, este proceso estuvo acompañado de un fortalecimiento en todas las esferas tanto públicas como privadas de la presencia de la Iglesia. Como característica particular el proceso de modernización capitalista local fue reforzado por valores católicos que mostraron ser funcionales y eficientes. Es lo que podríamos llamar una modernización técnica y económica con una escasa modernidad cultural, social y política.

Esta presencia de la Iglesia fue notoria en el proceso de conformación de la clase obrera en el intento por influir en los sectores pobres de la ciudad. Los jesuitas en particular fueron muy activos en la educación y disciplinamiento de los obreros. Su estrategia despolitizante sin duda pretendía formar una clase obrera, disciplinada eficiente, frugal, amiga del ahorro como forma de promover a su propia familia y enemiga del ocio, la taberna, la prostitución y del enfrentamiento con los patronos. Inscritos dentro del espíritu de la Encíclica Rerum Novarum lo que se buscaba era una colaboración y una armonía entre capital y trabajo. Estas doctrinas



coincidían con los intereses y puntos de vista de las élites locales, quienes las reforzaron con prácticas paternalistas que mostraron ser eficaces en el control de la clase obrera. Escuelas nocturnas para obreros, Centros Obreros, Asociaciones Mutuales, Cajas de Ahorros, Patronatos, ejercicios espirituales y publicaciones fueron mecanismos utilizados por la Iglesia para garantizar su presencia e influencia dentro de los obreros. Fue posible este control de la Iglesia el que permitió disminuir y controlar los conflictos suscitados en este proceso de industrialización que se llevó a cabo a costa de bajos salarios y largas jornadas de trabajo.

El modelo de sociedad católica no era homogéneo y tenía sus fisuras. El alto consumo de licor, la proliferación de cantinas y bares, el alto número de prostitutas, la pasión generalizada por el juego, los vagos, la acogida de prácticas esotéricas como el espiritismo, la simpatía por la masonería entre los sectores intelectuales, los liberales y los librepensadores, la existencia de un grupo de artistas, bohemios y marginales fueron todas muestras de resistencia a un modelo católico autoritario. No fueron pocas las voces que se levantaron contra el afán de riqueza y progreso material de la sociedad local que contrastaba con su pobreza espiritual e intelectual. Se hacían llamados para que se hiciera un alto en la búsqueda de riquezas materiales y se dedicaran esfuerzos a que la cultura se renovara y se le abrieran caminos a los avances filosóficos y artísticos liberándose de la tutela eclesiástica.

Uno de los procesos más significativos de Medellín durante los primeros 30 años de este siglo fue su acelerado proceso de crecimiento demográfico. Su población pasó de 59.815 habitantes en 1905 a 120.044 en 1928. Si miramos más de cerca estas cifras se puede ver que la población urbana de la ciudad creció a expensas de la población rural. Este proceso es todavía más significativo si observamos que durante estas primeras décadas del siglo las tasas de natalidad y nupcialidad de la ciudad disminuyeron en relación con las de fines del siglo XIX. Su asombroso crecimiento no se explica sino por significativos procesos de inmigra-

ción campesina. Entre 1912 y 1918 la población había aumentado en términos absolutos en 13.599 habitantes de los cuales 7.672, fueron contribución de la inmigración campesina.

Las tasas de natalidad y nupcialidad que entre 1912 y 1918 habían disminuido la nupcialidad en un 20% y la natalidad en un 13% y que no aumentaron significativamente sino hasta 1928, están asociadas a las difíciles condiciones de vida que debieron enfrentar los grupos trabajadores de la ciudad en este proceso de modernización capitalista. También estas cifras derrumban los mitos, al menos para el caso de Medellín de las prolíficas familias de 15 y 20 hijos. Estas existieron pero posiblemente fueron más comunes entre los grupos de élite y sectores medios que entre los sectores populares.

La migración masiva de las zonas rurales hacia la ciudad nos enfrenta al problema de adaptación de una cultura rural a una cultura urbana. Durante el siglo XIX cuando Medellín ganó importancia como centro comercial de la región, muchos ricos mineros de pueblos importantes de Antioquia emigraron hacia la prometedora villa. En un principio este proceso fue cualitativo y limitado. Además de los mineros llegaron los ricos tenderos del marco de la plaza y propietarios rurales exitosos en sus cultivos de caña, café o en la ganadería. Con la consolidación de Medellín como centro educativo de la región, también emigraron los hijos de familias acomodadas de la región a adelantar sus estudios. Pero con el tiempo también vinieron de los campos los jornaleros pobres en busca de mejores oportunidades, los pequeños propietarios cansados de arañar la tierra y, desde algunas zonas de gran control conservador, salieron liberales discriminados por las autoridades locales y clericales.

Se puede deducir que estas primeras migraciones, en su mayoría habitantes del casco urbano de los municipios, aportaron a la vida de Medellín elementos de una cultura pueblerina rica, muchas veces con influencias de la cultura europea, que tanto peso tenía entre las élites nacionales. También estos nuevos habitantes eran herederos de una tradición y moral católica, predominante en la mayoría de los

pueblos de la región antioqueña. Los niveles educativos de la mayoría, aunque no altos, por lo menos los libraban del analfabetismo ⁽¹⁾.

Posteriormente, con el decaimiento de algunos pueblos antioqueños, la población emigró muchas veces directamente desde las veredas, sin detenerse previamente en el pueblo. Portadores de culturas mucho más rurales —sin el efecto civilizador de la educación religiosa, ni el de la escuela—, su proceso de adaptación al mundo ciudadano fue más traumático. Desarraigados y excluidos, con pocas oportunidades, no encontraron en la ciudad referentes culturales con los cuales identificarse, ni solidaridades locales que les permitieran adecuarse a su nueva vida.

Pobreza, incertidumbre y exclusión fue la constante de muchas de estas vidas. Estas difíciles condiciones de vida no sólo se constatan en las largas jornadas de trabajo, las precarias condiciones de la vivienda, la disminución de los índices de natalidad y nupcialidad sino también en las altas tasas de mortalidad infantil que llegaron a representar en el período más de 200 niños muertos por mil nacimientos.

SECTORES SOCIALES Y OCUPACIONES

Si tomamos el Directorio Industrial de Medellín, realizado por Isidoro Silva en el año de 1906, nos encontramos que la población de Medellín se ocupaba en las siguientes actividades: Oficios domésticos un 25.9% de la población, Jornaleros y Sirvientes un 14%, estudiantes un 12.9%, artesanos un 10.6%, agricultores 8%, comerciantes y propietarios 3.9% y en ocupaciones minoritarias 7.2%. Estas actividades minoritarias comprendían oficios tales como militares y policías, hacendados, empleados públicos, profesionales liberales, ministros del culto, la categoría de vagos etc.

Para el año de 1912 según los censos y aunque no utilizando las mismas categorías nos encontramos que un 6.86% de la población estaba dedicado al sector primario agricultura y minería, un 12.02% eran artesanos, un 3.38% eran comercian-

tes, industriales, capitalistas y propietarios; un 1% eran profesionales, un 5.04% eran jornaleros, un 8.22% eran sirvientes y 23.48% se dedicaban a oficios domésticos.

Para 1938 estas cifras habían variado en algunos renglones y conservaban las tendencias en otros. El sector primario había bajado y sólo un 3.89% de la población se dedicaba a él, los artesanos se conservaban al representar un 12.92% de la población, los propietarios, comerciantes y capitalistas, representaban un 4.63%, las profesiones liberales 0.96%, los sirvientes domésticos un 4.20% y los oficios domésticos 23.93% de la población, desafortunadamente no se tienen cifras para los obreros en ese año.

LA ELITE

Como lo ponen en evidencia las cifras anteriores, la actividad comercial e industrial en Medellín estuvo altamente concentrada entre un 3% y menos de 4% de la población acaparaban este tipo de actividades. La importancia económica de Medellín inicialmente, estuvo asociada a la riqueza aurífera de la región, que no sólo permitió una acumulación de capital sino el desarrollo de una mentalidad empresarial. Los ricos mineros de la región después de la independencia asumieron el comercio ultramarino, fundamentalmente con Jamaica. El hecho de controlar, el oro, medio de pago indispensable en el comercio exterior, selló el destino de los antioqueños. Su posición de preeminencia económica la consolidaron al convertirse en prestamistas del arruinado estado después de las luchas de independencia. Para algunos investigadores, si bien el oro produjo la riqueza, no fueron precisamente los mineros quienes la acumularon, sino los hábiles comerciantes (rescatantes) que controlaron los intercambios comerciales en las desprovistas zonas mineras. Comerciantes de herramientas, alimentos, ropas y drogas, fueron quienes realmente tuvieron acceso al oro que tanto trabajo les costaba extraer a los pequeños mineros.

Esa mentalidad empresarial que se reflejaba en la capacidad de correr riesgos,

un espíritu capitalista donde se valoraba al máximo el aprovechamiento del tiempo, el esfuerzo individual y la búsqueda de la oportunidad rentable, permitieron a los antioqueños irse perfilando como hábiles comerciantes en el concierto nacional.

Según estudios recientes fueron precisamente estos ricos comerciantes asociados en casas comerciales quienes emprenderían la aventura de la industrialización local ⁽²⁾.

La mayoría de estas casas comerciales que generalmente llevaba el nombre de su dueño Fernando Restrepo e Hijos, Alejandro Echavarría e hijos tenían vínculos entre sí, por medio de alianzas matrimoniales, convirtiéndose en una élite que monopolizó y controló el comercio y la industria local.

Sin embargo esta élite fue abierta a aquellos que poseyeran sólidos capitales. Muchos de los ricos comerciantes de la segunda mitad del siglo XIX habían desaparecido para el siglo XX. Ambiciosos comerciantes pueblerinos o ricos arrieros harán parte de las nuevas élites: nombres como el de Ricardo Olano, Alejandro Angel, Lorenzo Jaramillo, Pepe Sierra, Jesús Mora, hacen parte de esta nueva generación de ricos.

Los "viejos ricos" locales que muchas veces sólo databan de fines del siglo XIX, ven con recelo la llegada de los nuevos ricos pueblerinos. Magistralmente, Tomás Carrasquilla, con espíritu irónico nos refleja en novelas como "Grandeza" y "Ligia Cruz" los aires e ínfulas que se dan los ciudadanos de la "aristocracia de Medellín" con los pueblerinos recién llegados. Desde esa época se acuña la palabra "mañé" para designar lo portador de lo rural y campesino. Muchos de los nuevos ricos deseosos de ser aceptados en la nueva sociedad renuncian a sus tradiciones campesinas para adoptar los aires burgueses y modernos de la ciudad. Y como forma de legitimarse se da un proceso de enconchamiento, propio de las burguesías latinoamericanas, de distanciamiento con otros sectores sociales para dificultar su ingreso, creando numerosas barreras.

Se generalizan adjetivos como: zambo, ñapanga, caranga y negro, que si bien en un principio se asociaron a características étnicas van perdiendo su sentido inicial,

para convertirse en una forma de diferenciarse los ricos de sectores advenedizos y pobres. El amplio mestizaje fortaleció el mito de una raza antioqueña, blanca, emprendedora, trabajadora católica, honrada y hábil para los negocios. Todos los autores de las primeras décadas del siglo cuando se refieren a los grupos raciales de la ciudad afirman que su "origen es español, castellano, con un poco de sangre semítica en las venas". Los negros y los indios no tenían un lugar en Medellín. Don Isidoro Silva así lo confirma en 1906. "La raza blanca domina exclusivamente. La raza indígena ha dejado en la población muy pocas huellas; y la raza negra, por ella misma por decirlo así, ha desaparecido..., no ha dejado sino algunos mulattos raros" ⁽³⁾.

Los negros e indios fueron caracterizados como perezosos, pillos, dados al alcohol. Todos estos vicios por extensión se le endilgaban a los sectores pobres de la ciudad. Don Tulio Ospina en su popular Protocolo Hispanoamericano de Urbanidad y Buen Tono, libro que pretendía educar a las clases medias, "afirmaba que las clases populares eran descendientes en gran parte de indios y negros, cuyos abuelos eran salvajes"... Y eso explicaría según don Tulio su falta de educación.

La actividad comercial, tan importante en la ciudad, requería de ciertas prácticas que garantizaran su funcionamiento y que se van haciendo propias de la cultura local. El mantenimiento del buen nombre más que un aspecto moral es una exigencia comercial. Sin buen nombre ni respaldo, no hay crédito posible. De ahí la insistencia y el cuidado de los comerciantes locales en el cumplimiento de la palabra empeñada y el oportuno pago de las deudas. El buen nombre es un activo indispensable para la actividad comercial.

LAS PROFESIONES LIBERALES

Hasta la segunda mitad del siglo XIX los profesionales (con estudios universitarios) hacían parte de las élites y muchos de ellos realizaban sus estudios en el exterior. En las primeras décadas del siglo XX la conciencia de los estudios profesionales como canal de ascenso social, y las

mayores oportunidades educativas que ofrecía la ciudad, fueron permitiendo que sectores medios y aún bajos, pudieran ingresar a establecimientos universitarios. Ya no sólo se podían realizar estudios en el derecho y la medicina. La Escuela de Minas aparecía bastante atractiva a los ojos de los jóvenes. Esta ofrecía profesiones pragmáticas y formación para los nuevos dueños de la sociedad industrial. Los bajos costos de las instituciones universitarias, las becas ofrecidas por el Ferrocarril de Antioquia a los mejores estudiantes de los pueblos y la facilidad para conseguir trabajo como profesores asistentes y otros oficios menores en la universidad, colaboraron a abrir el acceso de ésta a otros grupos sociales.

A pesar de lo poco representativo numéricamente de los profesionales su influencia en la ciudad fue notable. Médicos, ingenieros y abogados participaron activamente en la vida política de la ciudad y su concurso fue indispensable en el proceso de equipamiento urbano, higienización y planificación de la ciudad. Era común que estos profesionales hicieran parte del Concejo Municipal y de la Sociedad de Mejoras Públicas. A través de sus asociaciones científicas y gremiales jugaron un papel indispensable en el proceso de modernización de la ciudad.

CLASES MEDIAS

Uno de los fenómenos más característicos de la urbanización y de la madurez de las ciudades es el de la consolidación de un sector amplio de clases medias ⁽⁴⁾. En Medellín este fenómeno no estuvo ausente. Las necesidades de la ciudad como centro comercial, industrial, político y de intermediario con las otras zonas de la región planteaba la necesidad de ampliar la burocracia estatal, de crear nuevos puestos en la milicia y la policía, aumentar el número de maestros, de administradores industriales y comerciales, de pequeños comerciantes, de tenderos y empleados en general.

A fines de los años treinta, con la ampliación de la enseñanza universitaria, los nuevos profesionales representaron el grupo con mayores posibilidades de as-

censo social dentro de las clases medias. Este grupo, social e ideológicamente más cercano a las élites, lucharía constantemente por satisfacer su deseo de ascenso social. Como armas para lograrlo esgrimieron su capacitación intelectual y técnica, el decoro, la dignidad, la honestidad, la laboriosidad, la buena apariencia y, fundamentalmente, el ahorro que les permitía mejorar lentamente sus condiciones.

En este sector cobraron importancia las mujeres de las clases medias a quienes se les amplió la posibilidad de asistir a las normales para prepararse como maestras o a las recién abiertas escuelas de formación técnica de los años 20. En estas Escuelas, por ejemplo en la famosa Escuela Rémington, se capacitaban como dactilógrafas, contabilistas, dependientas de almacén y otros oficios. El acceso a la vida laboral les permite a estas mujeres trascender el espacio doméstico y afirmar su independencia. Mientras para las mujeres de los sectores medios la educación les permitió entrar de lleno al sector de servicios; las obreras y mujeres de sectores populares no tuvieron acceso a capacitación o mejoramiento educativo. A esto contribuyó indiscutiblemente la posición de la Iglesia que siempre censuró el trabajo obrero femenino, exhortando su regreso al hogar.

El lento y tortuoso camino de ascenso de las clases medias las llevó frecuentemente a buscar protección en alianzas políticas, a las que eran fieles, esperando en contraprestación algún favor personal del jefe político. Este favor generalmente se traducía en un empleo o una recomendación. Otros sectores medios más escépticos, desengañados de la ineficacia de los partidos tradicionales, militaron en los años veinte en movimientos socialistas y en los 40 engrosaron las filas gaitanistas.

Estas clases medias, como dijimos, tendrían una fuerte influencia sobre la vida urbana. Sus miembros, cuidadosos de su apariencia externa, fueron excelentes seguidores de la moda, aun por encima de sus escasos ingresos, para no perder el decoro y su similitud con las élites.

Pero no sólo su apariencia les dio un aire más moderno y urbano. Su ánimo de ascender a través de la educación los convirtió en grandes consumidores de periódicos

cos y revistas. Leer les permitía adquirir conocimientos y estar al día en la información. Ante la imposibilidad de ser socios de los selectos clubes privados que funcionaban para las élites, convirtieron el café en espacio predilecto de sociabilidad masculina. Allí se desarrollaban animadas tertulias y era frecuente el intercambio de opiniones políticas. El cine fue su actividad preferida, pues les permitía acercarse a una visión más moderna y universal del mundo. Este espectáculo logró una enorme popularización en Medellín, a pesar de las condenas de la Iglesia, que veía mermar sus fieles en los servicios religiosos, atraídos por la curiosidad de ver sociedades más permisivas y secularizadas.

Si nos detenemos en testimonios íntimos confirmamos que la vida de las clases medias no fue nada fácil. Muchas veces no dejó de ser una larga cadena de humillaciones y privaciones para poder garantizar su ascenso social. La inestabilidad fue el común denominador de estas existencias. La vida digna y decorosa tambaleaba ante cualquier eventualidad económica. La quiebra, la pérdida del empleo o las enfermedades, fácilmente truncaban todos los sueños de movilidad y ascenso, convirtiéndolos en una pesadilla de miseria y marginamiento. Aun aquéllos que triunfaban, encontraban muchas veces su alma amargada y marcada por las humillaciones y padecimientos vividos. Así lo expresa un personaje de la obra escrita por Gabriel Latorre. César, uno de los protagonistas, aunque había triunfado al pasar de simple empleado a administrador de un gran negocio y posteriormente a socio del mismo, no puede olvidar la amargura de su vida pasada: "Es el eterno clisé de todos los desheredados. El pan que no alcanzamos a saborear siquiera, ya conseguido, porque va empapado de amargura. Las ropas amarillentas y retocadas... La casa escueta de muebles, reluciente de limpieza, con toda esa meticulosidad que están proclamando a gritos: "hay pobreza". Las economías pueriles del tabaco suprimido, de corbatas vueltas y rehechas, los botines remontados, de las bujías apagadas... La ausencia de los extras gratos de la vida y de todas sus superficialidades costosas que la embellecen. Las prendas comunes para todas las mujeres de la casa, los embustes sociales y los pretextos

inventados para sostener el rango... Las humillaciones sin fin y diariamente renovadas, el sentimiento de mi inferioridad y mi impotencia" ⁽⁵⁾.

Si esto decían los que triunfaban, la situación más dura la debían soportar aquellos que no encontraban empleo o que sus magros sueldos no les permitían tener un mínimo nivel de vida. Más del 50% (más de 100 cartas) de las cartas revisadas en el archivo de Clodomiro Ramírez B., dos veces gobernador de Antioquia y son solicitudes de empleo o peticiones para aumento de sueldos.

Los más golpeados por la inestabilidad laboral y por los bajos salarios fueron los empleados públicos y los maestros. Numerosos artículos de prensa hablan de lamentable situación de los maestros, de las demoras en sus pagos y de sus salarios de hambre.

Un maestro le implora a Clodomiro Ramírez que le ayude a buscar un trabajo diferente: "ocho años hace que trabajo en la instrucción pública y aunque la enseñanza me proporciona gran placer, veo que continuar en ella es continuar una vida de sufrimiento y privaciones físicas y morales (...) quisiera un destino de más decente remuneración" ⁽⁶⁾.

Los empleados públicos, además del bajo salario, estaban sometidos al juicio implacable del jefe, y de los compañeros. Constantemente para garantizar sus puestos, deben defenderse de alguna injusta calumnia, según ellos, se los tilda de parcializados, "toma tragos" y de no hacer siempre un buen manejo de los recursos financieros. Su temor al desempleo es permanente. La vida del empleado se reducía muchas veces a sobrevivir dignamente en medio de numerosas deudas. "...el caseiro, el boticario, el pulpero, el sastre, el zapatero, toda una avalancha de culebras que caen hambrientas sobre la miseria de sueldo del empleado, quien reparte su deuda viviendo de lo que aún no devenga. Así se disponen a vivir otros treinta días de tormento, viviendo del bolsillo ajeno, bajo la cadena de pequeñas deudas y desanillando la reducida cadena de sus pocos amigos" ⁽⁷⁾.

Hubo situaciones tan dramáticas que muchas veces, algunos empleados públi-

cos se vieron impedidos para asistir al trabajo por falta de ropa. Aparecer vestidos de cualquier modo era romper su código de decoro y dignidad y caer en el nivel del obrero. Luis Eduardo Bustamante, empleado de la Imprenta Departamental se quejó a Clodomiro Ramírez, sobre su situación: "Doctor ya no puedo ir a la imprenta por motivos de mi humildad obligada en el vestir, porque ya no tengo más pantalones, ni saco, ni camisa, porque en una expresión soy pobre doctor y tengo familia pobre que necesita mi apoyo. Ya está muy roto el último pantalón, pobre saco y pobre chaleco, el servicio largo les obliga a no servir" ⁽⁸⁾.

Las más impactantes son las cartas de los desempleados. Aunque pueden aparecer reiterativos, presento los testimonios con la intención de poner al descubierto las dificultades de supervivencia de un grupo social sobre el cual poseemos tan poca información. El desempleado es generalmente un hombre desesperado, en los límites de la miseria o con ésta ocupando su hogar, aunque él insiste en mantener algún decoro y apegarse a alguna esperanza para mejorar su vida. Un desempleado escribe: "Ya no es escasez lo que hay en mi casa, ya es hambre. Estoy desesperado, ya no sé qué hacer". El umbral entre la frágil supervivencia y la pobreza se traspasaba con excesiva facilidad. Todas las solicitudes de empleo de estos sectores medios hablan de la cercanía al hambre, a la miseria, a la desprotección de la familia" ⁽⁹⁾.

Es cierto que la laboriosidad, la honradez, el ahorro, la tenacidad y la instrucción llevaron a algunas pocas familias de clase media a ascender socialmente y conquistar su ingreso en el mundo de la élite, pero lo real es que una inmensa mayoría vivió entre la estrechez, la humillación y la pobreza, que se hacía aún más angustiosa cuando había que llevarla con dignidad y decoro.

LOS ARTESANOS

El interés por el estudio de los obreros ha disminuido la presencia de los artesanos; en el contexto urbano, fueron un grupo de gran importancia no sólo por

su número: llegaron a representar casi el 13% de la población, sino también por haber sido portadores de una serie de elementos que enriquecieron una cultura urbana. Ante el afán de lucro generalizado de las clases altas mantuvieron el honor, la calidad del oficio, la preparación intelectual como puntos fundamentales de identidad.

El desarrollo del arte, la fotografía, la arquitectura, la metalurgia, la talla, y la ebanistería, la literatura, los periódicos y las revistas literarias; el impacto y la influencia de ideas liberales, del librepensamiento, del espiritismo y las socialistas, están íntimamente relacionadas con este grupo social. Penetrar en su mundo, en sus dificultades y en sus relaciones con la cultura es reconstruir una parte escondida de la cultura local que ofrece una visión refrescante, multifacética y rica ante los mitos desgastados de la raza, la familia y los valores católicos.

En su mayoría herederos de una ideología liberal radical del siglo XIX que había bebido en las fuentes de la ilustración y de los ideales de la Revolución Francesa, trataron de remover la sociedad local no sólo con su arte, sus adelantos técnicos, y el preciosismo de sus oficios, sino también con ideas modernas que pusieron en entredicho la cultura clerical. A mi manera de ver son los auténticos representantes de una cultura urbana, que retomaban los cambios estéticos e ideológicos europeos, recreándolos de acuerdo con el medio y ennobleciendo los materiales que tenían a su alcance. Su oficio era concebido como un arte, así fuera la elaboración cuidadosa de unos botines, una levita, un estrambótico sombrero, una lápida, una fotografía, o la construcción de una hermosa casa o edificio. No les cabría nombre distinto al de Maestro, el cual llevaban con orgullo, pues sus numerosos aprendices, muchas veces bajo su dirección, se convertían en virtuosos del oficio.

Su posición independiente, su arte y su cultura les permitió moverse con soltura en el mundo de la élite intelectual de la ciudad donde eran muy apreciados a pesar de su extracción popular y, a veces, de su color oscuro. Sus talleres generalmente se convertían en tertulíaderos donde se leía la prensa, se discutían libros

prohibidos, se realizaban sesiones de espiritismo, se hacía música y se bebía. Eran verdaderos lugares de encuentro intelectual para los jóvenes estudiantes ávidos de cultura y ciencia.

A principios del siglo XX, a pesar de su origen popular y mulato, los artesanos constituían un grupo respetable, de cierta solvencia económica y con representatividad dentro de la sociedad local. Difícilmente podríamos asociar su "status" en esa época con el papel secundario y desesperado desde el punto económico y social, que este grupo padeció en los años 20 y 30 cuando fue desplazado por los nuevos industriales, las clases medias y los obreros. Y sólo lograron sobrevivir algunos artesanos que contaron con la posibilidad de transformar sus talleres en establecimientos semiindustriales. Arrinconados y sin prestigio, muchos buscaron alianza con el naciente proletariado en proyectos políticos a veces utópicos.

Sus capacidades intelectuales y su espíritu rebelde y crítico, los llevan a acercarse a los sectores obreros que para los años veinte, con mínimas garantías y ninguna protección del estado, estaban sometidos a la voracidad de los nuevos empresarios. Muchos artesanos que militaban en el partido liberal, canalizaron su descontento e inconformidad hacia el naciente socialismo y sucumben a la tentación de actuar como salvadores de la clase obrera.

En Medellín fue muy destacada la participación de los artesanos en la consolidación de un núcleo socialista local, que se adhiere al Partido Socialista Colombiano fundado en los años 20. Este núcleo además impulsó a nivel local la creación de la "Sociedad de Luchadores", responsable del periódico obrero "El Luchador"⁽¹⁰⁾.

"La Sociedad de Luchadores" era una compañía anónima de capital limitado cuyo propósito fundamental era publicar el periódico "El Luchador" y adquirir una imprenta propia que le permitiera sacarlo. Esta imprenta debía llevar el romántico nombre de "Imprenta del Pueblo". Este sueño se hizo realidad en 1920. La financiación de la imprenta se hizo con el ahorro de los obreros y artesanos, respaldado en acciones de la futura imprenta.

La adquisición de la imprenta les permitió darle una mejor presentación al periódico que incluyó fotografías y caricaturas. En la misma Imprenta se publicaba el periódico "Medellín Cómico", publicación jocosa que, en medio de sus chistes y chanzas, trataba de familiarizar a los obreros con las ideas socialistas.

El tiraje del periódico era de tres mil ejemplares en 1920, número considerable si se tiene en cuenta que el periódico socialista nacional "La Humanidad" sólo editaba 2.000 números⁽¹¹⁾.

La sede del periódico y de la sociedad funcionaba en la Botica Oriental, en el barrio Buenos Aires. Allí también tenían una Biblioteca a la cual se podía acceder como socio con el pago de 20 centavos mensuales. Al comprar la "Sociedad de los Tres Ochos" el periódico El Luchador en 1920, sus propósitos se hicieron aún más explícitos. Además de velar ahora por los intereses de la clase obrera, tenían como meta "engrandecer el partido socialista". El pensamiento mesiánico e ilustrado de los artesanos se expresa más en esta fase de la publicación. Tienen la idea de que son los llamados a iluminar la conciencia del obrero, a liberarlos de la ignorancia, a través de la educación. La ignorancia—según la publicación— es la que permite que sean explotados por el patrón. Los artesanos también se sienten responsables de la tarea de educar y "civilizar" a los obreros, aunque desde una dirección distinta a la del clero y los patronos.

Para los años treinta estos artesanos, creadores de importantes hitos culturales, técnicos y artísticos, no les quedó más que resignarse a las limitaciones económicas y refugiarse en su rebeldía y frustración, tan hábilmente interpretada en los años 40 por el caudillo Jorge Eliécer Gaitán.

DE TRABAJADORES A OBREROS

La primera pregunta que surge al abordar este sector, es de dónde provienen los numerosos obreros y obreras que entran a engrosar las filas de los trabajadores fabriles y de los negocios y actividades que surgen en la ciudad.

El número de obreros inmigrantes fue mucho menor que el de obreras. En parte, este proceso lo han explicado diferentes autores por el sobrepoblamiento desigual en zonas de tierras frías poco productivas, que sólo daban trabajo a los miembros masculinos de las familias. De otra parte, por el predominio del sistema minifundista cafetero, que muchas veces dejaba a las mujeres sin labor. Esta reducción del trabajo femenino rural fue particularmente aguda durante la crisis cafetera que azotó a la región antioqueña entre 1904-1912. Además, la ciudad recibió a la población campesina pobre y desposeída y a aquellos campesinos de zonas de colonización utilizadas por grandes propietarios para la ganadería extensiva como forma de garantizar su dominio sobre la tierra.

En 1916, mientras el 79% de los asalariados eran oriundos de Medellín, en las mujeres la proporción llegaba sólo al 60%.

⁽¹²⁾

Muchos de los hombres y mujeres migrantes eran campesinos acostumbrados a los ritmos rurales y a cierta independencia personal; a fijar sus horarios, a estar en espacios abiertos y a una vida comunitaria, donde el honor, la lealtad, la fidelidad y la solidaridad funcionaban como códigos de la vida familiar y local. El campesino es un hombre habituado a caminar por las montañas, a percibir el viento, la lluvia, el sol, el sonido de los árboles. En la ciudad, sufrió una fuerte mutación en su vida al verse sometido al ritmo fabril, en locales oscuros y mal ventilados, donde durante nueve, diez e incluso doce horas, perdía contacto con el mundo exterior.

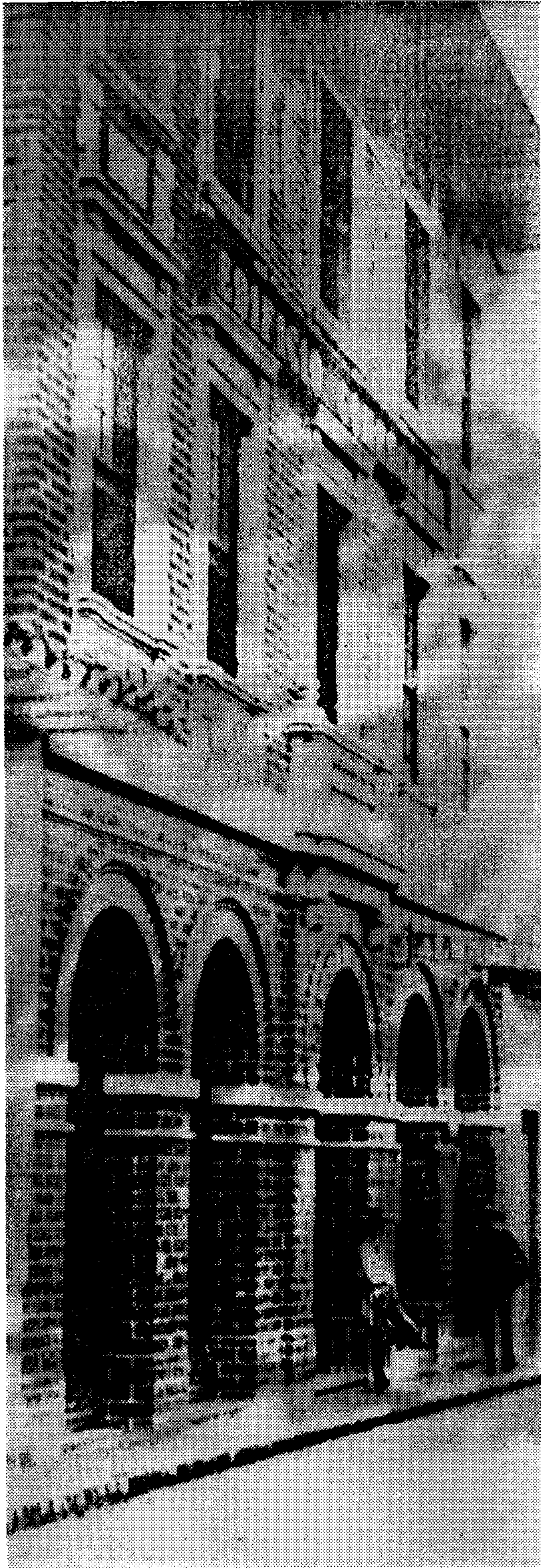
La adaptación de los campesinos al mundo urbano, a sus ritmos, a sus exigencias al horario fabril, presentaron serias dificultades. El mayor problema para los patrones era la inestabilidad obrera. Muchas veces después de haber invertido tiempo y dinero en la capacitación del obrero, de repente éste abandonaba su trabajo. Esta situación se presentó principalmente entre los años 20 y 30 cuando el auge de la industrialización le permitió al trabajador fácilmente encontrar puesto en alguna de las nacientes empresas. Recientes investigaciones han cuestionado el mito de la durabilidad de los obreros antioqueños en las empresas. Generalmente

esta aparente estabilidad se había asociado con valores como la responsabilidad, el compromiso y la eficacia del modelo paternalista fabril. Esta estabilidad parece haberse impuesto de forma muy lenta y consolidado sólo después de 1935 ⁽¹³⁾.

Según los autores Juan José Echavarría y Luz Gabriela Arango, la estabilidad es, en parte, resultado de un modelo paternalista estricto y benevolente. Los trabajos más recientes de la historiadora Ann Farnsworth sobre las relaciones laborales en el inicio de la industrialización en Medellín, muestran cómo la imposición de este modelo fue lenta ⁽¹⁴⁾.

Sostiene Ann Farnsworth en su investigación, realizada en archivos de siete textileras de Medellín del período 1910-1960, que existió una alta movilidad de los obreros textiles. Para el período, el 23% de los obreros permanecían en sus empresas menos de un año, y el 59% menos de 3 años. Sólo un 10% sobrepasaban los 20 años. Como los archivos de estas empresas eran incompletos para algunos períodos, Farnsworth hizo un cuidadoso seguimiento de todas las hojas de vida de los obreros de Coltejer entre 1918 y 1934. En esta empresa el 32% de los obreros permanecían menos de 1 año y el 70% menos de tres años. La movilidad más alta se sitúa en los primeros años de la industrialización, cuestionando la tesis de la alta funcionalidad del modelo paternalista-católico empresarial. El modelo logró imponerse pero necesitó un largo camino de movilización de ideas y técnicas disciplinarias aplicadas a la vida de los obreros.

Para los patrones y empresarios de esta época, era tal la necesidad de personal estable y con una mínima disciplina de trabajo, que muchas veces preferían hacerse los de "la vista gorda ante las fallas de sus obreros". Las hojas de vida consultadas por Ann Farnsworth dejan en claro que algunas empresas a veces reenganchan personal despedido anteriormente por fallas disciplinarias. Sobre todo aquellos despedidos por "groseros o poco cuidadosos". Esta laxitud de los primeros años de la industrialización contrasta con el endurecimiento moral de los años 30. Generalmente la imagen que tenemos de la clase obrera es la de un sector pasivo, ignorante, sometido y dócil, completamente doblegado al sistema paternalis-



ta y a los valores católicos. Pero el estudio sobre estas hojas de vida nos presenta un obrero hasta cierto punto autónomo, altanero como forma de resistencia a la disciplina fabril, y que ante la autoridad reivindica el derecho a su libre movilidad.

Como era propio de la cultura paisa, los elementos de discriminación racial estaban presentes en estas relaciones. A los obreros rebeldes casi siempre se les clasificaba como zambos. A un obrero indisciplinado lo calificaban en su hoja de vida como "zambo, altanero, grosero y mal educado...". A una obrera que se retiró, la describían como "zamba, mal educada y grosera". Esta era la imagen de los obreros que tenía don Jorge Echavarría, propietario y administrador de Fabricato en 1925 cuando presencia una concentración obrera: "...hubo una gran manifestación de los rojos... Habló María Cano, Flor del Trabajo... Un poco altanero y amenazante me pareció el discurso de María Cano. Los negros estuvieron tranquilos pero es que aún no se habían empezado a traquiar"⁽¹⁵⁾.

"Grosera", "respondona", "boquisucia", eran apelativos comúnmente usados con las obreras. Algunas de éstas, por su parte, enfrentadas con las vigilantes las llamaban "hijueputas"⁽¹⁶⁾.

Los enfrentamientos con supervisores, vigilantes y matronas no siempre se solucionaban en el espacio de la fábrica. Algunos obreros despedidos o que abandonan el puesto debido a una queja o regaño, amenazaban a estos personajes con solucionar los problemas en la calle. No pocos casos de agresión entre obreros, vigilantes, supervisores y matronas, se arreglaron a la salida de la fábrica⁽¹⁷⁾.

Esta indisciplina laboral expresa la resistencia de la nueva clase obrera a asumir la vida de asalariados que contrastaba con su sueño de independencia y su nostalgia por la tierra. Hasta avanzada la segunda década del siglo XX, muchos obreros conservaban la ilusión de independizarse estableciendo su pequeño taller o quizás la tienda en la esquina del barrio. Muchos de ellos conservaban en sus precarias viviendas un pequeño lugar, que hacía las veces de solar y donde cultivaban la huerta que se convirtió en una ayuda a la precaria economía doméstica. Los

de las áreas rurales más cercanas a Medellín frecuentemente viajaban a sus lugares de origen, y durante los fines de semana se dedicaban al trabajo agrario.

Los salarios eran bajos y los femeninos más bajos aún que los masculinos. En 1923 el jornal promedio masculino era de \$ 1.06, contra un jornal promedio femenino de \$ 0.61. Estos pagos eran considerablemente bajos si se tiene en cuenta que descontados los dominicales que no se pagaban, el salario mensual masculino era de \$ 27.65 y el femenino de \$ 16. Un mercado para una familia de clase media en 1923 costaba \$ 12. Si bien obreros y obreras podían asumir el costo del mercado, ¿de dónde sacaban dinero para enfrentar los gastos de vivienda, transporte y vestido, para no hablar de la educación y el ocio? La falta de reglamentación de un salario mínimo permitía estas desproporcionadas diferencias de jornales aún en los mismos sectores industriales, en los mismos oficios, pero con diferencias marcadas entre los sexos. Estas diferencias salariales debieron jugar un papel importante en la inestabilidad de los obreros, empujándolos a buscar empleo donde mejor remunerados estuvieran.

Además de los obreros de las textiles y otras fábricas no hay que olvidar otros sectores de los que poco sabemos. El más alto número de obreras eran empleadas por las trilladoras. También eran significativos los trabajadores de los trapiches de azúcar. En 1916 existían 15 ingenios de panela. Otros trabajaban en los 25 tejares que existían en 1916 y que continuaron elevándose en números por las demandas del proceso de urbanización. Contaba además la ciudad con los trabajadores del ferrocarril, tranvía y los trabajadores de la construcción, que no debían ser pocos en una época de expansión urbana.

¿OBREROS CATOLICOS?

Muchos autores se han referido a los mecanismos que patronos e Iglesia Católica crearon a través de numerosas asociaciones y mecanismos de socialización para educar y disciplinar a la clase obrera, en unos valores católicos tradicionales,



pero al tiempo funcionales a los requerimientos de la producción capitalista. Para obtener este control patronal y clerical, se utilizaron elementos determinantes como el refuerzo del regionalismo antioqueño y el fortalecimiento de la identidad católica de la región. Se ha dicho que la adaptabilidad del obrero a estos mecanismos de disciplinamiento y a esta ideología se pudo dar en la región, básicamente, por el peso de la tradición católica, de la familia, y de la audacia de la Iglesia para tejer una tupida urdimbre que no dejara por fuera ningún aspecto de la vida de las clases populares. Es muy probable que cada una de estas causas haya incidido en el peso del discurso religioso y en el control relativo sobre la clase obrera.

Sin embargo, hay argumentaciones menos ideológicas y más prosaicas que muchas veces no son tenidas en cuenta cuando se trata de observar la incidencia de la Iglesia sobre la clase obrera. Todas estas congregaciones, asociaciones, patronatos y organizaciones de beneficencia católica, tenían como fin principal formar moralmente elementos productivos para la sociedad, capaces de adaptarse a la disciplina fabril. Por esta razón los patronos preferían recibir como aprendices y obreros aquellos jóvenes provenientes de los Talleres de San Vicente, los talleres de la Joven Desamparada y las jóvenes recomendadas por los Patronatos. La mayoría de ellos parecían tener una mayor adaptabilidad al trabajo fabril, una mayor disciplina y ciertas destrezas que los hacían bastante codiciados.

Pero ¿cómo hacían estas instituciones religiosas para atraer a los obreros? Es muy posible que no bastaran los continuos discursos, ni la tradición católica. Debieron existir formas "más convincentes". Todas estas asociaciones, sin excepción, ofrecían una serie de ventajas para el obrero, que las hacían particularmente atractivas. Primero, les daban sentido de pertenencia y seguridad como grupo social a numerosos individuos desarraigados de sus tradiciones y tratando de adaptarse a la vida urbana. Estos obreros, sin mayores protecciones por parte de los patronos, sin leyes estatales que les garantizaran los mínimos derechos, en las asociaciones y congregaciones contaron con una serie de mecanismos que les brindarían tran-

quilidad emocional y seguridad económica en los malos tiempos.

La Congregación de Obreros Católicos San José, dirigida por jesuitas, era una de las más populares y que más alto número de socios alcanzó. Poseía una cooperativa de consumo, una botica, donde vendía a los obreros los alimentos y las drogas a precios más favorables. Otras organizaciones católicas contaban con cajas de ahorro, escuelas nocturnas, atención médica, asilos, dormitorios, restaurantes con precios económicos, y colonias agrícolas. La Congregación San José incluso tenía un ambicioso plan de vivienda. Los dineros depositados por los obreros en su caja de ahorro debían servir para comprar terrenos y edificar casas que luego se le concederían a los obreros con grandes facilidades para el pago ⁽¹⁸⁾.

Ya en 1912 era tan evidente el interés de los obreros en los beneficios materiales de la Congregación San José Obrero, que los mismos directivos exhortan a los obreros a no prestarle tanta atención a "los bienes puramente materiales" que concede el pertenecer a la Congregación sino volver los ojos a los bienes espirituales.

SERVICIO DOMESTICO

El grupo más copioso de trabajadoras de la ciudad lo constituían las empleadas domésticas. Sin embargo la reconstrucción de sus condiciones de existencia es un reto para el historiador. Con trozos, indicios de su existencia recuperados en archivos judiciales, en los censos, en la literatura y en la mirada que de ellas nos transmiten las élites es posible intentar una reflexión sobre la vida de estas mujeres. En Medellín era común aun en los hogares de clase media contar al menos con dos empleadas del servicio: La dentradera y la cocinera. En los sectores altos se contaba además con niñera, una carguera, una nodriza, un paje y la mujer que se encargaba de lavar los pisos. Para el arreglo de ropas existían las lavanderas y las aplanchadoras que recogían la ropa y la arreglaban por su cuenta.

Además de ser el grupo más numeroso, las trabajadoras domésticas han teni-

do una gran injerencia en la constitución del espacio doméstico. Sobre ellas ha recaído la responsabilidad fundamental de criar, atender y educar, a los niños de las clases altas y medias. Ellas garantizan también la alimentación y la higiene del hogar. El hombre, acostumbrado desde su más tierna edad al regazo de un delantal, para su iniciación sexual busca este objeto de sus fantasías infantiles.

En el caso de Medellín, las empleadas domésticas fueron un "mediador cultural", venidas del medio rural se incorporan a la sociedad urbana, reelaborando elementos ciudadanos y modernos a través de categorías campesinas.

La primera pregunta es quiénes eran estas mujeres, a veces casi niñas, que trabajaban en el servicio doméstico. A principios de siglo muchas de ellas eran hijas de esclavas libertas que nacieron y permanecieron en las casas de sus antiguos amos. En su excelente cuento "Simón el Mago", Tomás Carrasquilla nos retrata en la fiel niñera Frutos el "status" de estas mujeres. Además de las negras, se menciona la existencia de mucamas indias, procedentes en su mayoría de la Estrella. Es muy probable que las mujeres procedentes de estos resguardos en desintegración se hubieran empleado en el servicio doméstico. Para los años 20 de este siglo eran numerosas las empleadas domésticas procedentes del cercano oriente y Santa Elena. Igualmente hacían parte del servicio mujeres de sectores pobres de la ciudad. Muchos padres campesinos preferían entregar a sus hijas a una casa de familia que permitirles trabajar como obreras, pues asociaban la fábrica con el camino a la perdición. El contrato generalmente se realizaba entre las señoras y los padres quienes la mayoría de las veces eran quienes recibían el salario. Muchas jóvenes salían de sus casas debido a las duras condiciones económicas pero también atraídas por el progreso y la novedad de la vida urbana. En las grandes familias campesinas, con escasas oportunidades para generar empleo para todos sus miembros, la migración femenina era la única alternativa para estas jóvenes.

El trabajo doméstico era mal pago, mientras una obrera podía ganar \$ 16.00 mensuales, las trabajadoras domésticas

difícilmente llegaban a los \$ 10.00. Muchas señoras consideraban que con darle la alimentación, algo de ropa y protegerlas de los peligros de la ciudad era suficiente. Las domésticas generalmente trabajaban jornadas que se iniciaban a las 4 de la mañana y se prolongaban hasta las 9 de la noche. El descanso en la tarde el domingo sólo se estableció a partir de los años 30.

Los fragmentos de las vidas de estas mujeres se recuperan en los archivos judiciales. Como ofendidas y algunas veces como acusadas su presencia es frecuente. En los primeros 30 años de este siglo en la ciudad los homicidios representan cifras realmente poco significativas, mientras, por el contrario, en los delitos contra la propiedad hay una clara tendencia al aumento. Igualmente son frecuentes los delitos sexuales. Y es precisamente este sector femenino el que se convierte en víctima de una sexualidad agresiva y de una doble moral, que lleva a que un sector femenino (esposas, madres e hijas) sea angelizado a costa de la degradación de otras mujeres. Algunas de estas trabajadoras como aparece en los archivos criminales eran víctimas de abusos por sus patronos, los hijos de los patronos, o los tenderos de la vecindad (situación bastante frecuente). Otras ingenuamente engañadas con promesas de matrimonio por sus patronos, por militares y policías, por músicos de la banda, o por otros hombres acceden a pruebas de amor que terminaban no pocas veces en embarazos indeseados. La empleada doméstica tenía además para los hombres la ventaja de no estar contaminada por venéreas, como sí sucedía frecuentemente con las prostitutas.

La falta de libertad, la continua vigilancia a la que eran sometidas y la falta de afecto hacía que la sexualidad de estas mujeres se restringiera a encuentros furtivos que podían desembocar en un embarazo que las ponía en una situación verdaderamente trágica. La condición de madres solteras las hacía perder el empleo y las exponía a la vergüenza y el rechazo familiar. Este se traducía muchas veces en la agresión física con golpes y azotes por parte de padres y hermanos y a la pérdida de todo apoyo familiar. Solas y desamparadas muchas entregaban sus hijos a organizaciones caritativas, los dejaban co-

mo expósitos en las puertas de iglesias, y otras se dedicaban a la prostitución. La situación de estas trabajadoras domésticas madres solteras era tan angustiosa, que según consta en el archivo judicial, la mayoría de las sindicadas de aborto e infanticidio pertenecía a esta condición laboral. La falta de movilidad y libertad personal, el hecho de estar restringidas al espacio familiar, hace que fueran descubiertas fácilmente de estos delitos de los que escapaban seguramente las trabajadoras independientes y las prostitutas.

El delito de fuerza y violencia es también recurrente en el archivo criminal. La mayoría de las víctimas son mujeres muy jóvenes o niñas de los sectores populares de la ciudad. Estas jóvenes debido a su condición económica no podían permanecer en restringido espacio doméstico, debían desde muy jóvenes recorrer las calles en el desarrollo de sus actividades. Muchas de ellas se dedicaban a hacer mandados, a vender comestibles o a lavar ropas en el río. Sus agresores aprovechaban para sus fechorías, los numerosos lotes y mangas que contaba la ciudad y las orillas del río. En sólo un caso el agresor fue condenado, en los demás es sobreseído por falta de pruebas o porque a pesar de los actos deshonestos no había defloración y por tal motivo la violencia sexual en sí misma no se consideraba un delito. Los agresores generalmente son hombres jóvenes y los hay de todas las condiciones sociales incluyendo los de las clases altas.

Aunque pocas veces aparece denunciado, la preocupación de médicos y abogados por lo extendido del delito del incesto nos hace pensar que éste no era extraño en la sociedad local. Los médicos y abogados que se ocuparon en tesis y artículos del asunto tendían a explicar este delito por las precarias condiciones de vida de las clases populares. Señalaban el hacinamiento de la vivienda, la falta de intimidad conyugal, al tener que compartir el lecho con los hijos e hijas, como explicaciones de la promiscuidad familiar. Otros más perceptivos como el doctor Julio Ortiz Velásquez en su "Estudio Médico Legal Psiquiátrico y Criminológico", explica la existencia del incesto como consecuencia de relaciones familiares autoritarias y patriarcales donde el padre concibe a los hijos como una propiedad

absoluta sometidos sin condicionamientos a su voluntad y deseo. "Los hijos son esclavos de los padres y el látigo cae sobre ellos inmisericordemente... Las hembras en la cocina, en el lavadero, al cuidado del rancho humilde. El dominio del padre sobre los hijos es incontestable y absoluto. Creen que les pertenecen y pueden disponer de ellos a su talante". "El ayuntamiento con una hija lo considera como derivación y consecuencias del dominio irrestricto sobre la persona material de su descendiente" ⁽¹⁹⁾.

MARGINADOS Y RELEGADOS

Además de las categorías sociales claramente identificables y que parecen cuantificadas en los censos hay un grupo heterogéneo que podríamos definir como los marginados y excluidos. Está compuesto por las prostitutas, los vagos, los mendigos, los locos pobres que recorrían las calles, los bohemios, los jugadores, los tímidos y los delincuentes. Los locos y mendigos, cuando su número era todavía controlable, hacían parte del folklore urbano, tenían apodos como Guineo, Muñeca, Marañas, etc. y su supervivencia dependía de los habitantes de la ciudad.

La mayoría de estos excluidos se refugian en Guayaquil, puerto seco de la ciudad, donde las reglas que operan en los otros espacios ciudadanos pierden su rigidez. El ambiente permisivo reina en él. cantinas, bares, pensiones y casas de inquilinato permanecen con sus puertas abiertas día y noche como una invitación para olvidar el límite entre una y otra. Por Guayaquil merodean todos estos personajes tratando de garantizar su supervivencia. Es precisamente en este ambiente donde el dueño de la noche es el guapo, hombre sin temor a la muerte, capaz de enfrentarse con ella por el más baladí asunto. Hábil en el manejo del arma blanca, este personaje reforzará su figura mítica acompañado de los acordes del tango, música que interpreta su desarraigo y soledad en la ciudad.

POBREZA Y DELINCUENCIA JUVENIL

En los treinta primeros años del siglo el aumento de la delincuencia en la ciu-

dad se asoció a los jóvenes y niños de los sectores pobres, sectores que aumentaron su peso demográfico. Los niños vagos y mendigos que empezaron a proliferar eran blanco de los ataques cuando se debían señalar los responsables del aumento de la delincuencia urbana. Muchas veces, incluso, señalaron a los hijos de las prostitutas que vagaban por la ciudad como los responsables del aumento de vagos, mendigos y ladronzuelos urbanos. Muchas de las organizaciones de beneficencia que surgen para el siglo XX dentro de una concepción no de caridad sino de la filantropía social dirigen su acción a este sector de la sociedad. Las Escuelas Tutelares, las Casas de Estudio y Trabajo, los Talleres de San Vicente de Paúl intentaban reeducar o educar a los jóvenes pobres para que dejaran de ser una carga para la sociedad y se convirtieran en seres productivos que le restituyeran a la sociedad la inversión que había hecho en su formación o enderezamiento moral.

No sólo a nivel local, sino nacional e internacional desde fines del siglo XIX "el joven delincuente" se convierte en una preocupación para el estado y la sociedad. Esta preocupación lleva a la creación de los tribunales de menores. En Chicago se instaló el primero en 1899, en 1920 se instaló un tribunal en Bogotá y en Medellín en el año de 1924. Estos debían juzgar a los jóvenes infractores entre los 7 y 17 años. El juzgado estaba compuesto por un juez, un médico, un secretario, dos escribientes y un portero. Además de los niños delincuentes los juzgados debían responsabilizarse de los menores abandonados físicamente, los sometidos a la prostitución y a la mendicidad. Igualmente debía encargarse de los hijos menores de personas encarceladas que no tuvieran medios para sostenerlos.

Según la ley que animó la creación de los juzgados de menores su fin no era el castigo de éstos, sino su mejoramiento, sin embargo la misma ley consideraba que el castigo aun el físico podía ser un medio para la educación moral. El surgimiento de los juzgados de menores obligó a la creación de sitios de reclusión y reforma de los jóvenes y las jóvenes delincuentes o de aquellos que tuvieran algunas de las características señaladas anteriormente.

Es así como surgen o se consolidan las Casas de Corrección y las Escuelas Tutelares. Antes los jóvenes delincuentes, los que consumían alcohol y los escandalosos eran conducidos a la cárcel municipal. Lugar tenebroso y denominado como la peñera. En Medellín desde 1914 se contaba con una Casa de Correcciones y Escuela de Trabajo. La administración de esta institución se había delegado en militares en retiro, lejanos al espíritu de educar antes de castigar. En ella, durante su primera etapa, fueron frecuentes los castigos físicos, el calabozo y otras formas humillantes de corrección.

A partir de 1921 y bajo la dirección del pedagogo Tomás Cadavid Restrepo se emprendió una reforma de la Casa de Estudio y Trabajo. Cadavid Restrepo rompió con los viejos métodos autoritarios y represivos e influido por nuevas ideas pedagógicas y psicológicas trató de crear una institución para la reforma y la reeducación de los jóvenes por medio del trabajo y del estudio. Mejoró los talleres de ebanistería, encuadernación, maquinaria y lo más importante, introdujo novedosos cambios psicopedagógicos apoyado en Decroly.

A cada uno de los internos en la Casa de Estudio y Trabajo se les elaboraba una ficha técnica médico-pedagógica, en la cual diariamente se hacían anotaciones sobre el comportamiento de los reclusos, lo que permitía formular apreciaciones sobre el estado de evolución de cada uno. En estas fichas se anotaban datos sobre antecedentes familiares y personales. Es importante resaltar que la mayoría de los internos tenían antecedentes familiares de alcoholismo y la gran mayoría procedían de hogares miserables.

Al revisar cuidadosamente las fichas podemos clasificar los delitos por los que ingresaban los jóvenes en cuatro grupos.

El primer grupo cubre "delitos contra la propiedad". Está compuesto por delitos tales como fraude, estafa, abigeato, abuso de confianza, robo y atentados contra la propiedad.

El segundo grupo es "hurto". Sólo se consideró este delito, pues era el que con más alta frecuencia aparecía como causa de reclusión.

En el tercer grupo, ubicamos "desórdenes domésticos". En él incluimos los llamados desórdenes domésticos y el concertaje. Este era de dos tipos. El voluntario, cuando los padres internaban a sus hijos por ser incapaces de soportarlos dentro del seno de la familia, y el forzoso, al que se sometían aquellos muchachos huérfanos, hijos de presidiarios sin recursos o de familias excesivamente pobres e incapaces de sostenerlos. Los desórdenes domésticos hacían referencia a la incapacidad moral de los padres para responder por la formación y educación de los hijos. Estos jóvenes generalmente eran hijos ilegítimos, cuyas madres eran prostitutas, o hijos de padres alcohólicos.

Como cuarto grupo clasificamos "otras causas", o aquellos delitos no clasificados. En esta categoría ambigua también se escondían los desórdenes o transgresiones sexuales.

La causa de reclusión con más alto porcentaje la presentan los delitos contemplados en el primer grupo (delitos contra la propiedad). Entre éstos, los más frecuentes son los robos que empiezan a ser una gran preocupación para una sociedad donde el respeto por la propiedad es un principio ordenador. Estos robos, a diferencia del hurto, nos hablan de la utilización de la violencia, signo muy preocupante en la actuación de la población juvenil. El robo no se puede disociar de la situación económica de los jóvenes de los grupos sociales pobres, ni de las formas más elaboradas de delincuencia que permite la vida urbana. Los delitos individuales se reemplazan por los cometidos por las bandas que elaboran planes coordinados y generalmente cuentan con un jefe. Los abusos de confianza y las estafas también son significativos dentro de este tipo de delito.

El hurto lo mantuvimos como categoría independiente, pues antes de hacer la agrupación de delitos, era la infracción de mayor porcentaje. La reclusión por hurto expresa bien la situación de la mayoría de los jóvenes internos. Como se puede constatar en la columna de "observaciones" de la ficha de ingreso de los jóvenes a la institución, cuando un joven es acusado de hurto, generalmente se apropia de pequeñas cantidades de alimentos para satisfacer su hambre o la de su familia. Roban panes, carnes y panela. Los mismos directores de la

institución reconocen como causas del "delito" cometidos por el joven la "misericordia y hambre".

En 1924 según el informe del juzgado de menores de Medellín, de los 539 menores que habían comparecido a ese despacho, sólo 161 eran procedentes de Medellín, los demás correspondían a casi todas las poblaciones del departamento. "Huidos de sus hogares por el estado de abandono y miseria en que viven". La mayoría viven, según el juzgado, en la ciudad de Medellín como desempleados, y se "pervierten en el pésimo ambiente urbano".

Muchos de los jóvenes procedentes de las zonas rurales, e incluso algunos de la ciudad, son clasificados en las fichas de ingreso como "los atrasados pedagógicos", que no son otra cosa que jóvenes que no han asistido a la escuela o lo han hecho de forma irregular. Muchos de ellos tenían hasta tres años de atraso en sus estudios. También abundaban los niños indisciplinados, muchas veces clasificados como "difíciles" ⁽²⁰⁾.

El tercer grupo "Desórdenes domésticos" es también representativo. Esta cifra se eleva además por los conciertos forzosos (o Protección) y por los conciertos voluntarios muy utilizados en la sociedad local.

Es interesante detenerse en el causal de "Protección" pues éste generalmente afecta a niños de escasísimos recursos cuya situación de miseria los pone en peligro de convertirse en potenciales delincuentes. El huérfano y el pobre, paradójicamente quedan sometidos a la misma profilaxis y reclusión en el mismo lugar donde se confina a los delincuentes juveniles. Esto se debe al hecho de que el Orfanato de San José, no los admite sino hasta la edad de ocho años. Además de este tipo de situación de pobreza, el juzgado también recluye bajo el causal de protección a aquellos niños que son maltratados por sus padres. La idea es "protegerlos, educarlos y enseñarles algún oficio útil".

Al fundarse la Casa de Menores, muchos padres de sectores medios e incluso de la élite vieron en esta institución una salida ideal para enfrentar la rebeldía y el mal comportamiento de los adolescentes.

El procedimiento de hacer encerrar a los hijos difíciles no era nuevo en la sociedad local. Antes de existir esta Casa, algunos padres no vacilaban en recluirlas en la propia cárcel. En 1911 el director de la Cárcel de varones debió hacer a los padres de familia las siguientes recomendaciones: "Muchos padres de familia por causas insignificantes y debilidad de carácter envían a sus hijos a esta peligrosa morada... En todo caso, considero un deber llamar la atención sobre tan importante materia...".

En sus primeros años de funcionamiento, por la Casa de Menores apareció una gran cantidad de jóvenes recluidos por desórdenes domésticos, que no eran otra cosa que rebeldía, protesta contra la autoridad paterna, y otro tipo de situaciones familiares de las que ya hemos hablado. En 1918 el director de la Casa de Correcciones y Escuela de Trabajo como se llamó hasta 1920, Floro Gómez, se quejaba de que los padres, luego de haber colocado los hijos en el establecimiento (generalmente como amenaza para que cambiaran su comportamiento), los retiraban antes del año, tiempo que consideraba necesario el director para garantizar una mejora real. Los desórdenes domésticos, que ocupan un alto rango hasta 1926, desaparecen después de esta fecha como causa de reclusión. Estos jóvenes, en general concertados por sus familias o tutores, dejaron de ser recluidos en la Casa de Menores y pasaron a la "Escuela de Díscolos Los Libertadores". A ella asistían los vagos, rebeldes y mal inclinados. Su creación se debió fundamentalmente a la necesidad de descongestionar la Casa de Menores. Además del personal docente, la Escuela de Díscolos contaba con un guardia vigilante "para obligar a los alumnos a su asistencia cuando faltan a la escuela, persiguiéndoles y conduciéndoles a ella".

El cuarto motivo de reclusión, "otros delitos", es mucho más complejo de manejar, pues esta clasificación sufre modificaciones durante el período, dependiendo de los jueces de menores. Lo que sí se pudo constatar en algunas fichas de ingreso a la institución publicadas en la Revista "Trabajo y Estudio", muchas veces lo que hay detrás de este título general,

son delitos de tipo sexual, como intentos de violación a familiares cercanos, excesos de masturbación, pero sobre todo tendencias homosexuales.

Los jóvenes "Incorregibles" o "Reincidentes" también representan un porcentaje significativo. Estos eran jóvenes que generalmente volvían a cometer infracciones que abligaban su reingreso a la Casa de Menores, o que estando internos no mostraban ninguna modificación en su comportamiento. La reincidencia se explica, en parte, por la imposibilidad de los jóvenes de escasos recursos para encontrar empleo después de abandonar la Casa de Menores, y quedar con el estigma de infractores. Sus precarias condiciones de vida los llevaron generalmente a cometer nuevos delitos. El porcentaje de reincidentes alcanzó la alta cifra del 31% en 1927, pero también, curiosamente bajó hasta un 7% en 1931.

Con todos sus problemas de funcionamiento y limitaciones, una mirada histórica a la Casa de Menores y Escuela de Estudio y Trabajo sobre todo en su segunda etapa, 1915-1930, representó un hito en el cambio de estilos y métodos pedagógicos y médicos, no sólo para tratar al niño delincuente sino a los jóvenes y niños en general. Fue una pausa fructífera de reflexión que implicó el trabajo conjunto de médicos, jueces, psicólogos, pedagogos, apuntando a construir una organización que humanizaba las tareas de vigilancia, corrección y disciplinamiento de los jóvenes.

A fines de la década de los 30, esta institución entró en una fase de decadencia. Algunos, preocupados por esta situación, intentaban esclarecer sus causas, y señalaban, entre otras, la ausencia de personal especializado, los continuos cambios de directores, la imposición de medidas administrativas sobre el qué hacer de la Casa de Menores que afectaban su presupuesto de funcionamiento y, como cuarta razón, señalaban la absoluta desconfianza que tanto la sociedad como las autoridades departamentales le brindaron a los egresados de la Casa de Menores y Escuela de Estudio y Trabajo para incorporarse a la sociedad.

NOTAS

- Ponencia presentada al Seminario: "Medellín, Actores Urbanos y Proyectos de Ciudad", realizado en Medellín el 10 de noviembre de 1994.
1. Recordemos aún que en el caso del destacado hombre cívico don Ricardo Olano, hijo de un próspero negociante de Santo Domingo sólo había hecho estudios de primaria.
 2. Botero, Fernando. *La Industrialización en Antioquia. Génesis y consolidación 1900-1930*, Medellín. Universidad de Antioquia, 1985. Pág. 54 y ss.
 3. Silva, Isidoro. *Primer Directorio General de Medellín*, 1906.
 4. Romero, José Luis. *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1984, p. 247-307.
 5. Latorre, Gabriel. *Susana*. Fondo Cultural Cafetero, Medellín, 1977, p. 75.
 6. Archivo Clodomiro Ramírez Botero /c/1912. Folio 4. 3 de abril de 1913. Carta de Ramón Arango a Clodomiro Ramírez. FAES, Medellín.
 7. Restrepo Jaramillo, José, "El Empleado Público". En: *Revista Sábado*. Año II N° 62. Medellín, Sept. de 1922.
 8. ACRB/C/5. Folio 46, Ago. 9, 1909. FAES.
 9. ACRB/C/2. Folio 57. Sep. 11, 1913. FAES.
 10. La documentación utilizada en la reconstrucción de la Sociedad de Luchadores y del periódico El Luchador fue obtenida en su mayoría por la estudiante María Eugenia Londoño, quien realizó un seminario de investigación bajo mi dirección en la Carrera de Historia. Universidad Nacional, Sede Medellín.
 11. Archila, Mauricio. "La Humanidad el periódico obrero de los años 20". En: *Boletín Cultural Bibliográfico del Banco de la República*, 5. Bogotá.
 12. *Anuario Estadístico del Distrito de Medellín*. 1922.
 13. Juan José Echavarría en "External Shocks and Industrialization: Colombia, 1920, 1950". PhD. Thesis, Oxford 1989. p. 164. Sostiene que el 37% de los obreros enganchados antes de 1945 permanecieron en las empresas más de 21 años y el 73% más de 6 años. Luz Gabriela Arango en *Mujer, Religión e Industria*, sostiene que el 47% de las obreras enganchadas entre 1923 y 1944 permanecieron en la empresa por más de 21 años, y un 97.5 permaneció por más de 11 años. Ambos autores reconocen que sólo consultaron una parte de los archivos de la empresa.
 14. Farnsworth, Ann. *Before Paternalism: Gender and Work Relations in Early Industrial Medellín, 1910-1936*. Paper presented in Labor Studies, Stonny brooke. April 1992. Traducción Catalina Reyes.
 15. Diario de Jorge Echavarría. Citado por Gómez, Anita. *Medellín y los años locos*. Medellín, Fabricato, 1985. P. 49.
 16. Farnsworth, Ann. Op. cit., p. 12. Esta información es comprobable en las hojas de vida de Coltejer.
 17. *Ibid.*, p. 14.
 18. *El Obrero*, órgano de la Congregación San José Obrero. Marzo 2, 1912.
 19. Ortiz Velásquez, Julio. *Estudios Médico-Legales Psiquiátricos y Criminológicos*. Medellín. Imprenta Departamental. 1953, pág. 17.
 20. Informe del Director de la Casa de Menores, Carlos Muñoz. Gobierno, Ramos, 1920. P. 43. A.H.A., citado por Marín, Juan Antonio, *Reconstrucción histórica de la Escuela de Trabajo San José, 1914-1991*, Medellín, Fundación Luis Amigó, 1992.